



LEER LA SIGUIENTE LEYENDA Y RESPONDER LOS INTERROGANTES.

La Pincoya

Un grupo de pescadores chilotes iba caminado por la playa solitaria. Estaban tristes, porque hacía varios días que la pesca era escasa. Tan escasa que no rendía lo suficiente para alimentar a sus familias. Se preocupaban angustiados qué pasaría si la situación continuaba igual.

Cansados, se tendieron en la arena, y para consolarse comenzaron a contar leyendas, de las que abundan en Chiloé. Uno de ellos recordó entonces de la leyenda de la Pincoya, que alguna vez oyó contar a su abuelo.

Según la leyenda, la Pincoya es una mujer muy hermosa que vive en el fondo del mar. Ella fecunda a los peses, a los moluscos y a los crustáceos, y de ella depende que estos abunden o escaseen. Y cuando la pesca es poca, no es porque la Pincoya no quiere que los pescadores hagan su trabajo; lo que ocurre es que no le gusta que la gente pesque o marisque mucho en el mismo sitio. Entonces, se aleja y esa playa queda estéril, así se lleva esa abundancia a otro lugar que la necesite. La Pincoya es alegre y para que ella ayude, la gente tiene que estar feliz; por eso, en muchas playas los pescadores van a hacer sus labores contentos, con amigos y amigas buenos para reír.

Escuchando la historia, los pescadores no se dieron cuenta de que se les había pasado la hora y ya era casi media noche. El resplandor de la luna llena brillaba sobre el mar. Cuando se levantaron para marchar, vieron de pronto, entre las olas, iba surgiendo una mujer bellísima, ataviada con un traje hecho de algas. Con grandes movimientos comenzó a bailar, en sus manos llevaba varias conchas, las que iban depositándose sobre la arena. Y su danza miraba hacía el mar ¡siempre hacia el mar!

Mudos de asombro, los pescadores no se movieron, hasta que, sin dejar de bailar ni de mirar hacia el mar, la aparición volvió a sumergirse en el agua.

El grupo de pescadores se dio cuenta de que la mujer que bailaba era la Pincoya. Alguien señaló entonces que cuando la Pincoya baila mirando hacia el mar y deja las conchas en la arena, es que dará abundancia a esas playas; pero si baila mirando hacia los cerros y no trae conchas en sus manos, los peses y los mariscos empezaran a escasear y se acabarán por largo, lago tiempo.

Entonces, todos se abrazaron por lo que había ocurrido.

Riendo alegremente, los pescadores corrieron a sus casas. A la mañana siguiente, hombres, mujeres y niños salieron de madrugada a mariscar, y tanto peses como mariscos aparecían haberse multiplicado.

1. Para que la Pincoya los ayude, ¿Qué deben hacer los pescadores?

- A. Estar felices.
- B. Pescar mucho.
- C. Contar historias.
- D. Caminar por la playa.

2. Según el texto, ¿Qué hace la Pincoya con los peses, moluscos y crustáceos?

- a. Los pesca.
- b. Los alimenta.
- c. Los fecunda.
- d. Los sumerge.

3 ¿De qué estaba hecho el traje de la Pincoya?

- a. De algas.
- b. De peses.
- c. De arena.
- d. De conchas.

4- En el cuarto párrafo, ¿qué significa la palabra "ataviada"?

- A. Atada.
- B. Vestida.
- C. Mojada.
- D. Enredada.

5.- El texto es; luego explica por que

- A. Un cuento.
- B. Un cómic.
- C. Una leyenda.
- D. Una fábula

6 . Reemplaza las siguientes palabras por sinónimos

Solitaria:

Madrugada:

Tristes:

Estéril:

Escasear:

Mirando:

7. Anota las características de una leyenda

8. ¿Qué elementos componen una leyenda?

Escondió los ojos para no mirar de frente, ya que no podía agachar la cabeza agarrotada entre las manos de su hijo.

—Todo esto que hago, no lo hago por usted. Lo hago por su difunta madre. Porque usted fue su hijo. Por eso lo hago. Ella me reconvendría si yo lo hubiera dejado tirado allí, donde lo encontré, y no lo hubiera recogido para llevarlo a que lo curen, como estoy haciéndolo. Es ella la que me da ánimos, no usted. Comenzando porque a usted no le debo más que puras dificultades, puras mortificaciones, puras vergüenzas.

Sudaba al hablar. Pero el viento de la noche le secaba el sudor. Y sobre el sudor seco, volvía a sudar.

—Me derrengaré, pero llegaré con usted a Tonaya, para que le alivien esas heridas que le han hecho. Y estoy seguro de que, en cuanto se sienta usted bien, volverá a sus malos pasos. Eso ya no me importa. Con tal que se vaya lejos, donde yo no vuelva a saber de usted. Con tal de eso... Porque para mí usted ya no es mi hijo. He maldecido la sangre que usted tiene de mí. La parte que a mí me tocaba la he maldecido. He dicho: “¡Que se le pudra en los riñones la sangre que yo le di!” Lo dije desde que supe que usted andaba trajinando por los caminos, viviendo del robo y matando gente... Y gente buena. Y si no, allí está mi compadre Tranquilino. El que lo bautizó a usted. El que le dio su nombre. A él también le tocó la mala suerte de encontrarse con usted. Desde entonces dije: “Ese no puede ser mi hijo.”

—Mira a ver si ya ves algo. O si oyes algo. Tú que puedes hacerlo desde allá arriba, porque yo me siento sordo.

—No veo nada.

—Peor para ti, Ignacio.

—Tengo sed.

—¡Aguántate! Ya debemos estar cerca. Lo que pasa es que ya es muy noche y han de haber apagado la luz en el pueblo. Pero al menos debías de oír si ladran los perros. Haz por oír.

—Dame agua.

—Aquí no hay agua. No hay más que piedras. Aguántate. Y aunque la hubiera, no te bajaría a tomar agua. Nadie me ayudaría a subirte otra vez y yo solo no puedo.

—Tengo mucha sed y mucho sueño.

—Me acuerdo cuando naciste. Así eras entonces.

Despertabas con hambre y comías para volver a dormirte. Y tu madre te daba agua, porque ya te habías acabado la leche de ella. No tenías llenadero. Y eras muy rabioso. Nunca pensé que con el tiempo se te fuera a subir aquella rabia a la cabeza... Pero así fue. Tu madre, que descansase en paz, quería que te criaras fuerte. Creía que cuando tú crecieras irías a ser su sostén. No te tuvo más que a ti. El otro hijo que iba a tener la mató. Y tú la hubieras matado otra vez si ella estuviera viva a estas alturas.

Sintió que el hombre aquel que llevaba sobre sus hombros dejó de apretar las rodillas y comenzó a soltar los pies, balanceándolo de un lado para otro. Y le pareció que la cabeza; allá arriba, se sacudía como si sollozara.

Sobre su cabello sintió que caían gruesas gotas, como de lágrimas.

—¿Lloras, Ignacio? Lo hace llorar a usted el recuerdo de su madre, ¿verdad? Pero nunca hizo usted nada por ella. Nos pagó siempre mal. Parece que en lugar de cariño, le hubiéramos retacado el cuerpo de maldad. ¿Y ya ve? Ahora lo han herido. ¿Qué pasó con sus amigos? Los mataron a todos. Pero ellos no tenían a nadie. Ellos bien hubieran podido decir: “No tenemos a quién darle nuestra lástima”. ¿Pero usted, Ignacio?

Allí estaba ya el pueblo. Vio brillar los tejados bajo la luz de la luna. Tuvo la impresión de que lo aplastaba el peso de su hijo al sentir que las corvas se le doblaban en el último esfuerzo. Al llegar al primer tejaván, se recostó sobre el pretil de la acera y soltó el cuerpo, flojo, como si lo hubieran descoyuntado.

Destrabó difícilmente los dedos con que su hijo había venido sosteniéndose de su cuello y, al quedar libre, oyó cómo por todas partes ladraban los perros.

—¿Y tú no los oías, Ignacio? —dijo—. No me ayudaste ni siquiera con esta esperanza.

Comprensión de lectura

Responde las siguientes preguntas:

1. ¿Por qué el padre carga a Ignacio sobre sus hombros?
2. ¿Por qué el padre no escuchaba el ruido de Tonaya?
3. ¿Por qué el padre despierta el recuerdo de la madre de Ignacio?
4. ¿Qué es lo que el padre siente caer sobre sus hombros?
5. ¿Por qué el padre había maldecido a su hijo?
6. ¿Qué le pasa al hijo en el desenlace del cuento?
7. ¿Qué sentido simbólico tiene la luna en el cuento?
8. ¿Por qué razón el padre niega el agua a Ignacio?
9. ¿Por qué el padre modifica el modo natural en que hablaba a su hijo (el tú por el usted)?
10. El cuento finaliza con la frase “-¿Y tú no los oías, Ignacio? —dijo—. No me ayudaste ni siquiera con esta esperanza”. ¿Qué significado podría darse a la frase?
11. ¿Cuál es la relación que se da a través de todo el cuento entre padre e hijo?
12. Realiza un resumen del texto anterior. (15 renglones)

Vocabulario Contextual

- En los ejercicios marque la opción que pueda reemplazar en el texto la palabra ennegrecida, sin que este cambie de sentido, aunque se produzcan diferencias de concordancia de género.

1. Reculando

- a) Cediendo
- b) Retrocediendo
- c) Debilitando
- d) Avanzando

2. Zarandeaban

- a) Movían
- b) Apretaban
- c) Agitaban
- d) Presionaban

3. Apéame

- a) Bájame
- b) Déjame
- c) Apóyame
- d) Abandóname